

Contribuciones a un México que contiene una serie de imágenes que son fluorescentes para la piel canela, y los ojos brillantados por la esperanza y la ilusión de un futuro mejor...

Fidel Jesús Nicolás Peralta

Una mañana como tantas otras, me levanté de la cama con la sensación quisquillosa de que algo ocurriría ese día. Mi estómago hacía ruido, estiraba los brazos y jugueteaba con los dedos de mis pies, me quité las sábanas de encima y me senté a la orilla de la cama a contemplar mis pantuflas, mis pantuflas y todo lo que rodeaba mi habitación como si fuera la última vez que lo haría, desde mi librero sin libros, pasando por mi escritorio sin escritos, hasta mi maceta sin tierra; divago en mis pensamientos...

Un vecino que escucha corridos a todo volumen me hace regresar al mundo real, salgo de las cobijas y comienzo con mi día a día. Rodeo un sinnfín de veces la cama, ida y vuelta al ropero, decidiendo de entre todos mis conjuntos uno para ir a trabajar, arrojo las faldas, las blusas y los sacos sobre la cama toda destendida, solo para terminar eligiendo el mismo conjunto de siempre, la falda negra y la blusa beige con el saco gris de botones negros; debajo de la cama saco los tacones cómodos que me regaló mi hermana el año pasado en mi cumpleaños y termino de elegir...

De reojo miro el reloj y las manecillas me gritan que se está haciendo tarde, consciente, enciendo la cafetera y corro a la regadera para bañarme, con prisas salgo de la ducha y tomo la toalla, me seco el cuerpo, el cabello, y comienzo a vestirme, saco la cosmetiquera del segundo cajón. Comienzo por colocar la base del maquillaje, después, uso el corrector para esconder las ojeras, finalmente ocupo el iluminador para disimular la edad; hábilmente delíneo mis ojos y coloco el rimel sobre mis pestañas, pongo un poco de sombra sobre mis párpados y termino delineando de punta a punta la comisura de mis labios con aquel labial vino que tanto me gusta.

Preparo mi bolso, me recojo el cabello y relleno mi termo con un café artesanal traído desde Chiapas, tomo las llaves, mi celular y salgo corriendo del departamento.

De camino a la parada de autobús un taxista imprudente se cruza el alto, en ese mismo instante yo cruzaba la calle. En un segundo, el presentimiento que recorrió mi cuerpo por la mañana vino de vuelta, pues aquella sensación tan quisquillosa y tan rara era inesperadamente la de mi muerte.

Liebre y Clavel

